

## El fallecimiento del Dr. Odriozola.

### LA MUERTE.

Aunque la existencia del Profesor Ernesto Odriozola, se había desenvuelto últimamente en medio de accidentes y perturbaciones morbosas que hacían presagiar una desgracia irreparable, nada podía significar su fin próximo. Cuando el 16 de Marzo, todo el personal que había en la Facultad de Medicina lo vió llegar, no pudo descubrir en su semblante algún signo sombrío, y sin embargo, minutos después de las 11 de la mañana, le acometió un síncope mortal, que al paralizar los latidos de su corazón, arrebató de la vida al Decano de la Facultad de Medicina. Nada valieron los auxilios que presto le prodigaron los Dres. Velasquez, Bambarén, Espejo y Avendaño eficazmente ayudados por un grupo de alumnos y los que después le ofrecieron los Dres. Arce, Dammert y otros. El Dr. Odriozola pasó de la vida al *eterno destierro* como dijo Horacio, en corto tiempo. Al divulgarse en la ciudad la triste nueva frases de sentimiento brotaron de todos los labios, las Instituciones de las que era miembro se declararon en duelo y la Facultad de Medicina resolvió en sesión, tributarle los honores a que se había hecho acreedor por sus méritos. En esa sesión el profesor H. Valdezán presentó el proyecto para que la Institución gestionase la reunión de todas sus producciones en una obra, que inmortalice su nombre.

Los alumnos, representados por el Centro de Estudiantes, velaron el cadáver durante todo el tiempo que estuvo en la casa mortuoria y el Gobierno decretó que se le tributaran honores de Ministro de Estado, que la familia no aceptó por haberlo así dispuesto en vida, el ilustre extinto.

## EL SEPELIO.

El día 17 de Marzo, a las 4 p. m., fué designado para la traslación de los restos venerados y gloriosos, del doctor Ernesto Odriozola al Cementerio General. Desde antes de esa hora el domicilio del extinto se vió completamente lleno de cuanto hay de notable en esta capital, en las esferas sociales, en los centros de cultura y de ciencia, en la diplomacia y en la política. Todos se congregaron a esa hora para acompañar a su última morada los mortales despojos de quien, en el campo de la ciencia, fuera un sabio; en las esferas ciudadanas un hombre probo y sin tachá; en el hogar un padre modelo.

Millares de personas, en automóviles y en coches, ocuparon por completo el girón de la Unión, que resultó estrecho para contener al inmenso número de caballeros que desfilaron hacia la casa mortuoria.

La mayor parte de los automóviles y coches particulares de la ciudad y casi todos los de alquiler tomaron parte en el cortejo; resultando insuficientes para conducir al Cementerio a la enorme concurrencia que asistió a rendir homenaje a los restos del eminente hombre de ciencia.

El ataúd fué sacado de la severa capilla ardiente a las 4 y 15 minutos en hombros de alumnos de la Facultad de Medicina hasta la Plaza de Armas, en que, por disposición de la familia, fué colocado en el carro mortuorio.

Después del ataúd iba el coche de gobierno, con los deudos del doctor Odriozola, varios carruajes de la familia, conduciendo a los relacionados del extinto, todos los automóviles de particulares y cerrando el cortejo los de alquiler. Sería imposible señalar ni aproximadamente el número de personas que asistieron al sepelio.

Al llegar el cortejo al cementerio los señores José Graña, Augusto Dammert, Antonio Graña, José G. Voto Bernales y Arturo Ego-Aguire Febres condujeron el cadáver en hombros hasta delante de la sepultura, siendo depositado allí por breves instantes.

Tomaron las cintas los señores doctor Javier Pardo, Rector de la Universidad; doctor Ricardo L. Flórez, subdecano de la Facultad de Medicina; el ministro de España en el Perú, excelentísimo señor don Jaime de Ojeda; teniente coronel don Romualdo Palomino, en representación del presidente de la Cámara de Diputados, que se hallaba ausente; el capitán señor Mariátegui, ayudante de campo del jefe del Estado y el Ministro de Marina.

En medio del mayor recogimiento, el doctor Javier Prado, en nombre de la Universidad Mayor de San Marcos, pronunció el siguiente discurso:

Señores:

No son las palabras las que pueden expresar la honda consternación del espíritu, ante las súbitas e irreparables catástrofes, que desgarran el alma y turban el pensamiento.

Ayer no más, el doctor Ernesto Odriozola, el eminente Decano de la Facultad de Medicina, orgullo y gloria del cuerpo médico nacional, estaba entre nosotros dándonos el admirable ejemplo de una vida en plena lucidez y actividad; y al día siguiente, en el campo mismo de su labor universitaria, cae fulminado por la obscura e implacable enfermedad que lo acechaba, realizándose una vez más la cruel y desconsoladora experiencia de que generalmente son los mejores los primeros que se van.

En pocas ocasiones, con más verdad, podrá decirse que el Perú pierde a uno de sus hombres de ciencia más ilustres y a una de sus personalidades más nobles y respetables. El doctor Odriozola era un sabio y era un justo.

Hijo de un médico igualmente afamado, que honró a la Facultad de Medicina, como catedrático y decano, el doctor Ernesto Odriozola siguió la profesión de su padre. Hizo sus estudios en Lima y en la Facultad de Medicina de París, donde sorprendió la inteligencia, consagración y saber de nuestro joven compatriota. Se recibió allí de doctor, habiendo sido laureado por sus notables trabajos, que merecieron las más altas calificaciones y títulos. El doctor Odriozola era entonces aun muy joven y su reputación científica estaba ya consagrada. En Lima la Facultad de Medicina lo esperaba con impaciencia para incorporarlo en su seno y utilizar sus excepcionales dotes y conocimientos. En la Facultad fué el doctor Odriozola el sabio maestro de las cátedras de Anatomía, de Medicina Operatoria, de Clínica Médica, derramando en todas ellas el caudal imponderable de su saber, con toda la profundidad y brillo de su privilegiada inteligencia y de su palabra luminosa.

El vigor y la solidez de su talento y de su ciencia le daban una amplitud, una penetración, una riqueza y un equilibrio admirables en las ideas y en su exposición y desarrollo en la cátedra.

De igual valor y merecimientos eran sus obras y publicaciones científicas, marcadas todas por el sello de su inteligencia superior y de sus vastísimos conocimientos.

Dominaba por completo la ciencia médica, en la enseñanza y en el ejercicio de la profesión, en la que todos buscaban la autoridad indiscutida, la observación incomparable, el diagnóstico seguro del médico ilustre, dando la salud, el alivio y el consuelo. Cuántas lágrimas de gratitud y de dolor se vierten hoy en innumerables hogares y acompañan sus restos venerados!

La grandeza moral de su alma se elevaba a tanta altura como su inteligencia. Era una personalidad de rectitud, de nobleza y de bondad incomparables. No hubo circunstancia, accidente, amargura, ni prueba de la vida, que quebrantasen la integridad de su espíritu. Nunca pasión alguna oscureció su mente, ni perturbó sus sentimientos. Su vida fué inmaculada, jamás se apartó del cumplimiento del deber. Su única aspiración era hacer el bien.

Qué títulos más nobles y más puros pueden señalarse para la consideración, el respeto y el ejemplo de un pueblo.

Todos los que se aproximaban al doctor Odriozola tenían la atracción y la simpatía que inspiraba un espíritu tan austero como bondadoso.

Si su poderosa inteligencia resplandecía por la luz y la verdad que atesoraba, su corazón irradió la generosidad y benevolencia infinitas, con una espontaneidad, sencillez y modestia, propias sólo de almas excepcionales.

La muerte tuvo que ir a arrebatarse al doctor Odriozola en el campo mismo del trabajo y del honor, en su misma Facultad de Medicina, en momentos en que desempeñaba sus altas labores y funciones.

Allí cayó súbitamente, como si el destino hubiera querido que su muerte misma fuera homenaje, que simbolizando su vida, debía tributar al maestro y al sabio en el propio lugar de su labor noble y gloriosa.

¡Qué majestad y qué enseñanza en medio de la angustiada y trágica desolación, encierra esta muerte!

El doctor Odriozola conocía y seguía paso a paso por sí mismo el proceso de su fatal enfermedad. Sabía que sus días estaban contados, que su fin era muy próximo y lo esperaba e iba hacia él firme y serenamente, continuando su trabajo hasta el instante mismo en que la enfermedad cruel paralizó los latidos de su corazón.

Su inquietud no era por él, era por el dolor de los suyos, a quienes quería entrañablemente, con el amor de un esposo y de un padre ejemplar que iba a desprenderse de los seres a quienes, había consagrado todos los afectos y ternuras de su alma. Era el sentimiento de separarse también, para siempre, de sus compañeros, de sus amigos, de sus discípulos, de su Facultad; pero, con la ente-

reza del varón justo y abnegado, que frente a su propio sacrificio, no piensa en él sino en dar tranquilidad, conformidad y consuelo a los seres queridos, y en no interrumpir, hasta el último momento de su vida su trabajo profesional y su consagración a la Universidad.

Inclinémonos, señores, con profunda emoción y respeto, ante esta figura excelsa y purísima. La Universidad, dominada por el más hondo pesar, la rodea con toda su admiración, afecto y gratitud; y la presenta ante el país, como un modelo y un ejemplo de ciencia y de virtud, de energía y de trabajo, de rectitud y de nobleza.

En seguida el señor doctor Ricardo L. Flórez, en nombre de la Facultad de Medicina, dijo lo siguiente:

Señores:

Nueva y dolorosa pérdida nos reúne aquí para entregar a la naturaleza un fúnebre despojo, lo único que físicamente aún queda entre nosotros del sabio e ilustre decano de la Facultad de Medicina, doctor Ernesto Odriozola, cuyo espíritu se aleja a misteriosa esfera, a donde lleva las luces de su admirable magisterio, los dones de su bonísimo corazón y las virtudes cívicas que lo encumbraron sobre las reacciones disolventes, características de los pueblos que decaen, y del predominio ejercido en ellos por las fuerzas destructoras.

Personificación de la ciencia médica del Perú, el doctor Odriozola abriga el acervo de nuestras grandes lumbreras. Fué el maestro que nutre con el saber, y alienta con generosos sentimientos. Su conducta administrativa en el decanato, es notable ejemplo de probidad. Si muy alta significación tiene como honra profesional la enseñanza en la cátedra o en el libro, esa que estudia el sacrificio de Carrión o que preside un congreso panamericano médico, o antialcohólico; no vale menos la enseñanza que en la vida civil deja, como ciudadano que entendió servir mejor los legítimos intereses de su patria, fomentando la cultura con meritoria actividad, exento de ambiciones malsanas y batalladoras, para quien no había otra palanca de resurgimiento nacional que el trabajo, no otra base de ventura que el culto del deber y el reinado de las virtudes públicas.

Con esta doble enseñanza continúa viviendo en nosotros el ilustre maestro, amado compañero y venerable ciudadano, desde el momento en que, abandonada la envoltura mortal, voló el espíritu a donde el dolor humano cesa, y la paz es la dicha del justo.

A continuación hizo uso de la palabra, en nombre de la Academia Nacional de Medicina, el doctor Estanislao Pardo Figueroa. Su discurso es el siguiente:

Señores:

No era ciertamente mi modesta palabra la llamada a decir aquí los méritos que el señor doctor Odriozola tenía para perdurar largo tiempo sobre la tierra, pero la Academia Nacional de Medicina me ha dado tan triste y honroso encargo, y debo cumplirlo en estos solemnes momentos en que sólo el silencio es elocuente, y debo hacerlo así, porque la voluntad de ella es la mía propia, que quiere decirle al maestro respetado primero y al compañero querido después, cuán grande es nuestra pena al tener que cumplirlo, y debo decir también, que quisiera tener dotes especiales para hacer resaltar las condiciones, que como hombre de ciencia, padre de familia ejemplar, catedrático ilustre, decano irremplazable y miembro de nuestra corporación tenía el doctor Ernesto Odriozola.

La Academia Nacional de Medicina está de duelo; pierde a uno de sus miembros más respetables y queridos, al que por sus especiales condiciones, elevó, en cuatro épocas distintas, a ocupar su presidencia, distinción que ningún otro miembro ha merecido, y era natural que así fuera, si se recuerda la intensa labor científica, que en el seno de ella desarrollara, desde 1890, hasta los últimos momentos de su vida. Las actas de la corporación conservan los importantes trabajos médicos con que diariamente contribuía al progreso de nuestra institución, ofrendándole su gran caudal de ciencia y experiencia, que hacían del doctor Odriozola un clínico irremplazable.

Es en el año de 1913, cuando la Academia recibiera el encargo de organizar el V. Congreso Médico Latino Americano, que la personalidad del doctor Odriozola se destaca como un verdadero hombre de ciencia, conquistando por su estilo galano y sus profundos conocimientos el aplauso y respeto de las grandes personalidades científicas que formaron dicho congreso; el éxito de él se debió en gran parte, al esfuerzo y talento que como su presidente consagró.

Perdonadme señores que haga algunos recuerdos de mi época de estudiante; era el año de 1888, cuando ingresaba como alumno de San Fernando; fué por esa época que el doctor Odriozola regresaba a su país natal, después de haber alcanzado con gran brillantez su título de médico de la Universidad de París, fué entonces que

tuve la suerte de tenerlo como mi maestro en el anfiteatro anatómico y recibir de él al siguiente año sus inolvidables lecciones de anatomía del sistema nervioso. Fué desde esa época que aprendí a quererlo y respetarlo, porque supo desde entonces cautivarnos con su ciencia y elocuencia, que en las cátedras de Anatomía Topográfica, Medicina Operatoria y Clínica Médica han formado esa pléyade de discípulos, que en sucesivas generaciones médicas han recibido el inagotable caudal de sus conocimientos y lo han consagrado como una de las primeras personalidades médicas de nuestra época.

La Academia Nacional de Medicina, hoy más que nunca, lamenta la pérdida de su ilustre presidente pues, preparábase a celebrar nuestro centenario independiente, con un Congreso Médico Nacional y contaba para su éxito, con la alta personalidad científica del señor doctor Odriozola; y es en estos momentos, que la muerte nos lo arrebató, que nos priva de sus luces y consejos, que nos deja cual huérfanos, sin el apoyo del padre irremplazable.

Es por esto que te digo: Maestro querido, compañero de labor, no nos abandones, ilumínanos con tu ejemplo para seguir adelante y obtener el éxito que con tu ayuda teníamos asegurado y que ahora con el recuerdo de tus lecciones y sabios consejos alcanzaremos, porque los maestros que como tú han sabido vivir cautivando a sus discípulos, saben también perdurar en la memoria de ellos.

Doctor Odriozola, la Academia Nacional de Medicina sabrá honrar tu memoria.

Adiós, Maestro querido!

El doctor Juan Voto Bernal se expresó así:

Señores:

La triste realidad de la muerte nos ha arrebatado la preciosa existencia del amigo y del maestro doctor Ernesto Odriozola, cuando su labor de bien y la realización de sus más nobles ideales, culminaba de un lado con la redención de los que sufrían; y de otro transmitiendo su saber y su ciencia a los que bajo sus auspicios, aprendieron y se iniciaron después en el ejercicio de la medicina.

Noble fué su actitud en vida; digno y altivo su proceder, de todos los momentos; benéfica su actuación de bien y de bondad nunca interrumpida; con el convencimiento de lo honrado de su misión, no restó ni el consejo, ni el apoyo a quien de él lo demandara, siendo el amigo de sus discípulos y el compañero bondadoso que encaminara sus primeros pasos.

Esta ligera enunciación de sus virtudes consagra el alto sitio al que lo llevó la consideración pública; por eso el dolor que acongoja en estos momentos a todos los espíritus, su inesperada desaparición, y lo inconsolable de tener que rendirse ante la realidad abrumadora.

De mi sé decir y lo acentúo en este momento solemne, que las bondades que conmigo ejerció en vida, la sinceridad de su cariño fortalecido con la demostración constante de la más franca amistad, labraron afecto imborrable, que hoy, ante la triste realidad constituye el culto del recuerdo que sobrevive a todas las miserias y que el tiempo fortalece.

Maestro y amigo:

Has rendido la jornada de la vida después de una actuación brillante dejando por todos lados lampos de luz que señalan el camino recorrido; tu mano genetosa levantó al caído y tu saber le redimió del sufrimiento. ¡Qué más para consagrar tu nombre!

Descansa en paz.

El señor Juan F. Valéga, presidente de la Federación de Estudiantes, en nombre de esta asociación, dijo:

Señores:

Quisiera sustraerme, en este caso, a mi condición de estudiante fernandino, para reflejar, como vocero que soy de nuestra juventud universitaria, el profundo dolor que ha experimentado toda ella por la desaparición del ilustre decano de la Facultad de Medicina doctor Ernesto Odriozola, y hablar, debidamente, de los inmensos beneficios que ha producido al país, su cerebro luminoso; pero, este empeño es muy superior a mis fuerzas, sobre todo, en estos momentos de indecible tristeza para los que fuimos sus discípulos, y en los que esa insensibilidad tan útil al médico de que habla France, se ha transformado, ante la magnitud de la catástrofe, en agudo sufrimiento.

Los altos méritos del doctor Odriozola en el ejercicio de su hermoso apostolado educacional, la manera fecunda como contribuyó a enriquecer el acervo científico americano, lo que le deben todas las generaciones médicas del país, todo ello, está nítidamente grabado en lo más íntimo de nuestros espíritus y ha salido ya de nuestras fronteras constituyendo la egregia personalidad del maestro, la gloria más pura que podemos exhibir con patriótico orgullo a los extraños.



La vieja casa de Unanue ha perdido con él su figura más notable, y nosotros los estudiantes, el maestro más querido. No más nuestra alegría, cuando llenos de respeto le veíamos pasar, atrayéndonos siempre con su sonrisa paternal y cariñosa; no más la contemplación de su noble semblante, cuando atentamente nos miraba, procurando penetrar en nuestras almas, con su visión inteligente, para comprender el pensamiento que no acertaba a definir nuestro imperfecto lenguaje; no más las sabias lecciones de clínica médica, nuestro máspreciado sustento intelectual, y que le hicieron famoso en todo el Continente.

Quisiera aquilatar, si mi emoción lo permitiera, la belleza moral de su personalidad de maestro. Quisiera medir, un momento, si me fuera dado, con esa inefable amargura del hijo que pierde para siempre la sombra querida y protectora del padre, este dolor profundo de nuestra juventud, al contemplar que se ha ido sin tiempo para decirnos el adiós, ni de oírle el último y necesario consejo, que él hubiera querido darnos y que hubiera producido tanto bien a nuestra inquietud juvenil.

El doctor Odriozola sentía inmenso cariño por los jóvenes. Conocía doblemente su deber para ellos, y por vocación natural e imperiosa de su espíritu, lo cumplía amorosamente, sin importarle para nada, sacrificios ni dolores. Nosotros que le vimos escuchar, lleno de bondad, nuestras iniciativas; ser benévolo y atento para todas nuestras juveniles rebeldías, comprendemos hoy la inmensidad de nuestra pérdida y nunca se calmarán nuestras lágrimas.

Maestro:

Tu proverbial modestia impedía en tí, el muy legítimo y humano anhelo de la gloria. Ambicionabas, solamente, cumplir tu hermoso deber de maestro, deber que fué la norma invariable de tu vida, y en ese camino te ha encontrado la celebridad. Con tu existencia única, modelo de virtudes ciudadanas, aureolaste noblemente tu inmenso saber y has abierto un surco imborrable en el alma de tus discípulos. Te prometemos ser dignos de tí, siguiendo tus consejos y enseñanzas y al venerar tu memoria, nos enalteceremos a nosotros mismos.

Por el Centro de Estudiantes de Medicina, el señor Eleazar Guzmán Barrón pronunció el siguiente discurso:

Señores:

Anegada el alma de congoja infinita, presa el corazón del más acerbo dolor, venimos los estudiantes de San Fernando a

esta mansión del eterno reposo, a rendir una vez más el homenaje de nuestro filial afecto al maestro inmaculado que, por designios fatales del destino, ha traspuesto los umbrales de la inmortalidad.

Cuando la emoción que embarga el espíritu llega a sus límites máximos, cuando las lágrimas del pesar inconsolable alcanzan a desbordar el corazón tumultuosamente, las palabras son ineficaces para expresarlas.

Embotado mi espíritu por la incomensurable magnitud de la catástrofe, quisiera tan sólo que de rodillas, frente a la tumba de nuestro inolvidable maestro, dejáramos escapar en llanto incontenible el profundo dolor que nos embarga. Mas yo comprendo que en esta hora de solemne recogimiento y de sinceridad, es deber de la juventud renovar al maestro amado su juramento de fidelidad y de afecto.

La vigorosa capacidad científica del doctor Odriozola llegó a imponerse no sólo en nuestro país, sino en el extranjero, constituyendo así una de nuestras más legítimas glorias y el orgullo de la patria. Su vida consagrada por entero a la ciencia y al ejercicio del noble apostolado del magisterio, es un ejemplo para las jóvenes generaciones; y su misma muerte, en el recinto del claustro, al que dedicara todas sus energías y todos sus entusiasmos, constituye un símbolo imperecedero.

Maestro incomparable, su cátedra de Clínica Médica fué manantial inagotable y siempre renovado de enseñanzas fecundas. Clínico insuperable, dotado de excepcional poder intuitivo, maravillaba a sus alumnos en sus admirables lecciones. Y así las generaciones que pasaban por su cátedra salían de ella guardando para el maestro su más honda gratitud por las enseñanzas recibidas y la más profunda admiración por su talento excepcional.

Pero donde se dibuja en todo su poderoso relieve la personalidad del doctor Odriozola, donde fulge en todo su esplendor la imagen del apóstol, es al frente de la Facultad de Medicina.

El movimiento estudiantil en 1919 nos proporcionó la feliz oportunidad de apreciar en todo su valor, la bondad infinita de su alma generosa, la máxima ponderación de su espíritu, sus ideales de renovación, su tolerancia paternal para con la juventud, y el fervoroso, el santo amor que profesara a nuestra escuela de San Fernando. A ella dedicó todos sus desvelos, para ella fueron todos sus afectos, y fué por sus labios, escuchando su verbo, pleno de amor y de convencimiento que también nosotros llegamos a amarla entrañablemente.

Y desde ese instante se establece entre el maestro y sus discípulos, que lo fueron no sólo los que tuvieron la suerte de escuchar

sus lecciones, sino los estudiantes todos, un vínculo indestructible y cada vez más fuerte. La juventud de San Fernando, aún en los más agitados momentos del conflicto, fué recibida por el maestro con el mismo paternal afecto. Las puertas de su casa, abiertas estuvieron siempre para nosotros; y cuantas veces acudimos a ella, encontramos al amado maestro dispuesto siempre a la cariñosa acogida, al consejo amistoso.

La gloria y el lustre de San Fernando constituyó para él su más fervoroso ideal, un culto religioso; y cuando terminado el movimiento renovador, comenzó con tesón y entusiasmo juvenil a laborar nuevamente por el progreso ascendente de la escuela, su justiciera comprensión del espíritu sincero de la juventud, su cálido afecto por ella, lo llevó a buscar su colaboración para la magna obra de renovación de la vieja casa de Unánue. He allí por qué los estudiantes de medicina llegaron a sintetizar en la persona del doctor Odriozola el tipo del maestro ideal y por qué fueron para él todos sus afectos, todas sus simpatías y toda su admiración; y ellos muy poco dispuestos a rendir homenajes, exteriorizaron hacia él su cariño, sin restricciones, concediéndole la más alta distinción honorífica en el seno de la institución, haciéndole su presidente honorario. Y en el primer congreso nacional de estudiantes del Cuzco fué ungido como maestro con el voto de aplauso y de admiración entusiasta de la juventud universitaria de toda la república.

Maestro: yo tengo la seguridad que desde el alto sitio de la inmortalidad gloriosa donde estás, escuchas benévolamente a tus discípulos, que por mis labios te expresan su juramento de fidelidad a tu memoria. Tu vida de honradez inmaculada, plena de austeridad y de nobleza, servirá de perenne ejemplo a la juventud de San Fernando. Maestro: la juventud de Medicina no puede resignarse a tu pérdida y en sus horas de tribulación e inquietud en los solemnes instantes en que necesite de tus consejos, acudirá a tu tumba y de rodillas te invocará.

Maestro amado: la Parca inexorable te encontró laborando por el desarrollo de tu hija predilecta, la hija también de tu venerando padre. Mas, duerme en paz: tus discípulos, a quienes supiste infundir con el valor de tu verbo, lleno de entusiasmo y de fé patriótica el amor por nuestra escuela, te prometen solemnemente, en homenaje a tu memoria, trabajar incansables porque tus constantes anhelos e ideas sean, en un futuro próximo, halagadora realidad.

El señor Luis Fernán Cisneros, director del diario «La Prensa», pronunció las siguientes palabras:

¿Qué ha de hacer, señores, el poeta? No está el Dr. Odriozola en su Universidad; no está en su gabinete; no está en su casa. El poeta llama a todas las puertas con el nombre del maestro tembándole en los labios. Le debe mucho a través de la juventud y de la vida: le debe, desde hace tiempo, como ciudadano, el orgullo de la nacionalidad, que se alimenta del amor silencioso a los hombres sabios, honestos y cabales; pero le debe, ahora, como poeta, como periodista, como combatiente del ideal, toda la gratitud de que es capaz el corazón humano. Hace unas horas que el insigne maestro luchaba con esa generosidad de oro auténtico que no se exhibe por la libertad de un poeta humilde con quien no tenía más vínculo que los ceremoniosos, por la redención de un periodista a quien jamás pidió nada y de quien jamás recibió nada que no fuera el reconocimiento público y solemne de sus virtudes. El doctor Odriozola arengaba a sus discípulos en un rincón de San Fernando, propiciaba la solidaridad de la juventud con los principios y visitaba el pobre hogar del poeta en un febril arranque de ciudadanía, revestido de su alta y consoladora autoridad. ¡Ah! ¿Dónde está el doctor Odriozola que no le deja tiempo al poeta para sellar esta vinculación de la gratitud con un abrazo? No está en la Universidad, no está en su gabinete, no está en su casa.

Habéis escuchado ya, señores, el elogio del maestro, cumbre; eminente de la sabiduría nacional, espíritu máximo que ha enfrentado la vida y la muerte con aquella serena majestad, que es atributo de los ciudadanos limpios de conciencia. Yo le veo atravesar gallardamente las lindes de la eternidad, paso a paso, envuelto en un crepúsculo pintado por la tristeza de todos, y perderse, no perderse, desaparecer, no desaparecer, sino convertirse en un fulgor, lejano y presente a la vez, que está en el horizonte y en nuestros corazones, y que al beso del Sol será mañana una representación orgullosa de la bandera de la patria.

Cierro los ojos y asisto al espectáculo de la sombra infinita. Es Unánue quien confunde su gloria con la suya. Es Ulloa que le acoge tiernamente. Son todos los prohombres del Perú que llenos de rendimiento, le abren el camino. Y son mis muertos que le tienden los brazos en mi nombre.

Al poeta no le queda sino seguir buscando en la vida al doctor Odriozola: ¡Su ejemplo!